



EL EVANGELIO DE LAS BODAS DE CANA

Madre María Eugenia, 27 de enero de 1889

Creo que nunca os he comentado el evangelio de las Bodas de Cana. Este evangelio se lee el día de mi fiesta (el nombre de Jesús) y normalmente no tenemos capítulo. Se pueden comentar muchos aspectos ya sea en un sentido o en otro. Hoy os comentaré un aspecto que me ha llamado especialmente la atención: la Santísima Virgen pide para la humanidad lo que necesita.

Seguramente, era una boda pobre, a la que fueron invitados la Santísima Virgen y Nuestro Señor. Si el vino faltaba, era porque realmente eran pobres. Habían previsto algo para que eso no les sucediera y a mitad de la comida se quedan sin vino.

La comida en esta región consiste en pocas cosas. ¡Mirad la pobreza y sencillez que mostraban! Aunque llamemos un gran banquete, no podemos creer que consistía en muchos platos y rebuscados como ahora disfrutamos. Fundamentalmente era carne asada o emparrillada, aceitunas, vino. Quizás, como en la última Cena, algunas raíces amargas, frutos de la región, aceitunas, higos, naranjas, era un banquete de bodas y de esponsales. Si el vino faltaba, quedaba muy poco, y se sentían molestos.

Para estas pobres personas, lo que sucedió fue una gran vergüenza, una gran preocupación. La Santísima Virgen tuvo compasión. Es el papel de misericordia, que aparece en este evangelio. Tuvo compasión de su necesidad, de su pobreza y se dirige a Nuestro Señor: *“no tienen vino”*. Y encontramos en esta palabra algo más profundo: la transformación del agua en vino, es la profecía de la transustanciación, de este cambio maravilloso del vino en la sangre de Jesucristo que se realizaría un día.

¿Qué sentido tiene la pobreza en la raza humana, privada de la visita íntima, interior de nuestro Señor Jesucristo? ¿Qué es un país que no comulga? Estoy convencida de que, si esa sangre preciosa no llega a las personas, esa nación es pobre, y no me refiero a los bienes materiales, quizás sea rica de ellos, sin embargo, es miserable, no tiene los dones, las gracias, la fortaleza, las virtudes que vienen de la comunión de esa sangre de nuestro Señor con la raza humana.

Es el segundo sentido de la palabra de la Santísima Virgen, que se dirige a su Hijo: *“No tienen vino”*, Yo ruego por ellos, dales tu vida.

Seguramente, intuía lo que tendría que padecer, para que esa vida divina se derramase sobre ellos, y añadía: *“Dales tu vida y ya que tú has venido para que tengan vida y que*

la tengan en abundancia"; dala a esos pueblos que están abandonados, sin pastor, sin gracia y sin luz".

Encontramos otro aspecto, y este os atañe más directamente a vosotros. Todos recibimos a Nuestro Señor. Recibimos el pan transformado en su cuerpo, el vino transformado en su sangre. Cuando la Santísima Virgen dice: "No tienen vino", quiere decir. ¿dónde está tu generosidad, el fuego que produce el vino, como algo emblemático? Se diría es "un vino generoso", el vino que fortalece el corazón y el temperamento.

También, ese vino, que se ha convertido en la sangre de Jesucristo, produce efectos en las personas. La generosidad, la pasión, algo que moviliza, que vuela, que quiere darle todo a Nuestro Señor, sacrificarlo todo por su amor. Cuantas veces la Santísima Virgen, mirándonos podría decir: "ellas/ellos no tienen vino". Son tus esposas y ¿dónde está su pasión, su amor, su generosidad ante el sacrificio? Es necesario que tú vengas para ayudarlas/os.

Os pido, que cuando meditéis este Evangelio, repitáis con la Santísima Virgen: "Señor, yo no tengo vino. El vino del amor me falta, el vino de la pasión, el vino de la vida, el vino de la fortaleza, de la generosidad, del valor que me ayudaría a ser virtuoso/a. La Santísima Virgen lo pide por mí. Escuchadla decir: "Hijo mío, no tienen vino".

En esta circunstancia, atended el consejo que os da la Santísima Virgen: "*Haced todo lo que os diga*". Es el remedio a todas las situaciones. Escuchad a nuestro Señor en lo más profundo de vosotros mismos, y después haced lo que Él os diga, con la humildad, la pobreza, el sacrificio, la obediencia, y también con una oración constante y ferviente.

Con todo esto, tendréis la sensación que os habéis preparado bien para recibir el vino sagrado de la comunión. Ese vino, esa pasión, la encontraréis en vuestro interior. Y estaréis seguros que también a los que amáis, recibirán vida y serán santificados con esta preciosa sangre. No sucede así en todas nuestras familias, que, este pan y este vino entregados por Dios al mundo, sea el motivo de transformación como el agua en vino. Y esto es lo que deseamos para los que queremos: que tengan la felicidad al recibir el cuerpo y la sangre de Jesucristo, durante la vida y especialmente a la hora de la muerte.

Esto es todo lo que podemos pedir uniéndonos a la oración de la santísima Virgen, sea por nosotros, sea por los demás.